

Ciencias sociales y filosofía

Ricardo F. Crespo

Ante todo quiero expresar mi agradecimiento a Mirtha Rodríguez de Grzona por su invitación a expresar algunas reflexiones que intentarán ser filosóficas.

Como bien sabe la mayoría de ustedes, estuve ausente de la Provincia durante varios años prestando servicios en algunas instituciones educativas porteñas con el permiso de las autoridades de la Facultad. Unas de las tantas ventajas de nuestro ámbito, que añoré durante esos años, fueron las conversaciones profundas que se mantienen de modo habitual y natural con los alumnos de filosofía y los colegas de la Facultad. Durante ese período viajé periódicamente para seguir atendiendo el Seminario de teorías económico-sociales. Esos viajes me reabrían esa herida, pues tenía la oportunidad de volver a conversar con los alumnos y colegas. Siempre me quedaba la impresión fuerte de una conversación en la que se expresaba, “tocando fondo”, una cierta “angustia”, un “dolor”, una “búsqueda”, a veces esperanzada, otras veces muy desesperante, ante la realidad de la grave crisis del hombre y de la sociedad contemporáneas.

En mi biblioteca tengo una sección de libros sobre esta crisis, escritos durante un siglo, que ocupan todo un estante: Jaspers, Mannheim, Toynbee, Sorokim, Guardini, Guénon, Lersch, Volpi, Reale y varios más. Es muy difícil sintetizar el meollo de esta crisis. Las manifestaciones están casi a la vista: la carencia de fines claros, de un proyecto de vida, conduce, en el mejor de los casos—el de los que reflexionan algo— a la desesperación, la droga o el suicidio. Se da el paradójico fenómeno de que se sobre-aprecia el conocimiento pero se descrece absolutamente de la verdad. La mayor parte de la gente vive narcotizada por lo cotidiano, rehusándose a planteos que vayan más allá de lo superficial. En expresión de Lipovetsky, vivimos en el reino de lo efímero: el placer, una cuota de poder, el

lucro inmediato. En este contexto, se comprende la cultura de la muerte: se han generalizado muchos tipos de procedimientos para eliminar la vida antes de dar a luz, y crecientemente, incluso, antes de la muerte natural. Los medios de comunicación nos dominan con una sobreabundancia de información improcesable. Al decir de Eliot:¹

¿Dónde está la Vida que hemos perdido en vivir?

¿Dónde la Sabiduría que hemos perdido en conocimiento?

¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?

La economía manda sobre la técnica, la que a su vez domina a la ciencia –surge entonces la llamada “tecnociencia”–. La economía ha legitimado científicamente lo que otrora era un vicio: la codicia. La moral es pragmática y consecuencialista: lo técnicamente posible es moralmente exigible, sin importar su contenido. Porque el agnosticismo cognoscitivo conduce al relativismo moral. El bien es algo subjetivo, se “privatiza”. La libertad sin verdad es liberación, no libertad. Propiamente, la libertad desaparece. La sociedad es un conglomerado de individuos sin fines o bienes en común. El equilibrio de fuerzas democráticas pretende ser un sistema que reemplaza a la justicia. En esta sociedad rige el desinterés o indiferencia por los problemas de fondo de los otros, escondido bajo la apariencia de “respeto a la intimidad ajena”. Se trata de una legitimación curiosa del egoísmo. Falta fortaleza y claridad para ayudar y corregir: “quien dice verdades –algo políticamente incorrecto– pierde las amistades”. Las nuevas virtudes son las normas cívicas que facilitan la convivencia egoísta. Una sociedad así va de crisis en crisis: financieras, políticas, sociales. En las crisis los más damnificados son los más carenciados. Se vive en un riesgo constante. Todos ustedes sabrían agregar más síntomas o manifestaciones de la crisis.

1 *The Waste Land and other Poems*, Harcourt, Brace & Co., Londres, 1962, p. 81. Traducción propia. La de J. L. Borges pone las palabras Sabiduría y Vida en minúsculas.

La primera tesis que quiero proponer en esta presentación es que la filosofía es la responsable principal de esta situación que angustia a los mismos filósofos. Elizabeth (Liz) Taylor decía que “Las ideas mueven el mundo sólo si antes se han transformado en sentimientos”. Puede ser. Pero yo sostendré aquí que lo mueven a través de las ciencias sociales. Muy particular y últimamente, las ideas mueven al mundo a través de la economía. De donde sucedería que, aunque Marx perdió por la vía de las armas y de la política, triunfó gracias a la filosofía. Me imagino que estas afirmaciones sonarán desafiantes a un público filosófico. Por eso, exigen una argumentación, por supuesto incompleta en las escasas páginas que siguen.

Probablemente ustedes ya han detectado que los síntomas críticos que enumeré recién podrían agruparse en dos grandes grupos que están conectados: los que tienen su raíz en la pérdida de la metafísica y su razón teórica, y los que la tienen en la pérdida de la ética con su razón práctica. Dedicaré entonces el trabajo a explicar en qué consisten estos usos de la razón, mostrar su decadencia y como ésta afecta a las ciencias sociales, en particular a la economía y termina afectando al hombre y la sociedad contemporáneos.

La razón teórica

La razón teórica hace posible el conocimiento de esencias y causas que se encuentran tras lo que se puede observar empíricamente. Siguiendo los pasos de sus antecesores, Aristóteles afirma: “Es, pues, evidente que se busca la causa; y esta es (...) la esencia, que en algunas cosas es la causa final (...) y en otras el primer motor”². El camino hacia esas causas es el conocimiento teórico. Para Aristóteles, la ciencia implica el conocimiento de las causas: “Creemos que sabemos cada cosa sin más, pero no del modo sofisticado, accidental, cuando creemos conocer la causa por la que es

2 *Metafísica* VII, 17 1041a 27-30; ver también 1041b 10 y ss.

la cosa”³. La razón teórica incluye en primer lugar la inducción (*epagogé*), que es el conocimiento abstractivo; en segundo lugar la intuición (*noús*), que es la aprehensión directa de los primeros principios más generales de las ciencias⁴; y finalmente las deducciones o argumentos científicos⁵. La razón teórica descansa sobre los datos empíricos relativos a sucesos físicos, pero va más allá de estos.

Cuando Aristóteles comienza la *Metafísica* afirmando que “todos los hombres desean por naturaleza saber” utiliza el término *eidēnai*, el mismo que usa para referirse al conocimiento de los principios en la *Ética a Nicómaco*⁶, que deriva del verbo *eido*, ver: conocer como ver. Ese conocimiento no es innato; empieza por los sentidos, la memoria y la experiencia, que finalmente facilitan que se puedan captar esos primeros principios, esencias y causas de una manera noética o intuitiva, no deductiva⁷. La inducción forma parte de este proceso, pero no deberíamos confundir la inducción abstractiva aristotélica (*epagoge*) con el concepto moderno de inducción enumerativa. Hintikka explica muy bien la diferencia: “Para Aristóteles, el problema de la inducción no era ni el problema primero ni el más importante de inferencia de lo particular a lo general. Era un problema de formación de conceptos. Los casos particulares eran pasos previos para los conceptos o formas “inducidas”, que debían ser comprendidas por el alma; por tanto, para Aristóteles no existía el problema de la justificación de la inducción”⁸.

La causalidad de la que habla Aristóteles también es diferente

3 *Analíticos Posteriores* I, 2, 71b 8-11

4 *Analíticos Posteriores* II, 19, 100b 5-17; *Ética a Nicómaco* VI, 6; C. H. Kahn, 1995.

5 La terminología varía. En este artículo utilizaré la expresión “intuición intelectual” o intuición simplemente para referirme al conocimiento abstracto.

6 *Ética a Nicómaco* I, 1, 980a 21.

7 El proceso completo se explica en *Analíticos Posteriores* II, 19. Véase Terence W. Irwin, 1990, capítulo 2, párrafos 10-17.

8 Hintikka, Jaakko, 1992, p. 34.

de la que entienden la mayor parte de los autores modernos⁹. Aristóteles piensa en la causalidad, primariamente, como un principio interno de constitución de las sustancias, y sólo secundariamente, en el consiguiente papel activo de ese principio¹⁰. En cambio, hoy

9 Como Menno Hulswit explica “en la revisión concluyente de los resultados de este artículo destacaré las tensiones conceptuales inherentes al desarrollo histórico del concepto de causa. Más específicamente, mostraré que hay dos pilares decisivos que marcan la historia de la causalidad: (I) *la concepción aristotélico (-escolástica)* y (II) *la concepción científica*. Demostraré que esas dos concepciones de causa son mutuamente incompatibles. (I) Aristóteles concebía las causas eficientes como ‘cosas formales en el sentido de que una causa eficiente sea una cosa que por su actividad produce un efecto en otra cosa. Así, la causa eficiente se definió por referencia a una sustancia que produce un cambio: es la ‘fuente primaria del cambio’. Eso que se produce puede ser una nueva sustancia, como las cenizas a partir de la madera, o simplemente un cambio en alguna propiedad de una sustancia dada. Además, el contexto general de este significado de causa eficiente es teleológico, pues cada causa eficiente actúa en busca de un fin. El trabajo duro, por ejemplo, es la causa eficiente de estar en forma, que es el fin. Así, *de acuerdo con la concepción aristotélica, las causas son concebidas como los orígenes activos de un cambio que es provocado por la búsqueda de un fin. (II) Probablemente el cambio más radical en el significado de causa tuvo lugar durante el siglo XVII, cuando surgió una fuerte tendencia a entender las relaciones causales como ejemplos de leyes deterministas. Las causas ya no se vieron como iniciadores activos del cambio sino como señales inactivas en una cadena de implicación similar a la ley*”. Cursivas en el original. Hulswit, 2004, p. 1.

10 Aristóteles asignó la prioridad a las causas formales y finales. En *Física* II, 8 defiende las causas finales de un oponente que las niega. Es como si Aristóteles estuviera discutiendo con los modernos, porque estos mantienen una versión especial de la causa eficiente como la causa única, y tienden a negar la existencia de causas finales. Como afirma Werner Heisenberg, “solo la causa *efficientes* corresponde aproximadamente a lo que designamos hoy con el término causa” (Heisenberg, 1962, p. 40). Sobre Aristóteles y la causalidad ver Andrea Falcon, 2008.

se concibe la causalidad como una relación entre dos sucesos: causa y efecto¹¹. La fuerza interna de la causalidad se fue diluyendo hasta el punto de quedar reducida a una mera tendencia de todo cuerpo a continuar en su estado actual (de movimiento o de reposo). En consecuencia, cuando Hume habla de la necesidad de la causalidad se está refiriendo a una postura que la tradición aristotélica nunca sostuvo. Se refiere a una relación externa entre las sustancias y no a un poder intrínseco de ellas. Así pues, cuando Hume (correctamente según Salmon)¹² negaba la posibilidad de justificación de lo que entendía como una conexión necesaria entre causa y efecto, estaba negando algo que esa tradición no había afirmado. En esa tradición, la causalidad no está conectada con la necesidad sino con la explicación¹³. El referente de Hume en cuanto a la causalidad no era Aristóteles (ni siquiera Hume, Locke y Newton)¹⁴, sino filósofos racionalistas como Descartes, Hobbes, Spinoza y Leibniz.

La reducción humeana del concepto de causalidad a una relación necesaria entre causa y efecto similar a la ley (no la producción del efecto gracias a la capacidad intrínseca de la causa de una sustancia) y su consideración de la causalidad como un fenómeno psicológico, ejercieron una profunda influencia sobre la filosofía de la ciencia y sobre la ciencia actual. No podemos decir nada acerca de la causalidad real.

Comte comienza su descripción del tercer estado de la evolución intelectual de la humanidad, el estado positivo o real, superior del teológico o ficticio y del metafísico o abstracto, diciendo que, “la revolución fundamental que caracteriza a la fuerza de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo, a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la

11 Sobre la causalidad como relación en Hume ver Gilson, E. y Langan, T., 1963, p. 259.

12 Wesley Salmon, 1998, p. 14.

13 Elizabeth M. Anscombe, 1971, p. 88; Nancy Cartwright, 1989, p. 105; Ricahrd Sorabji, 1980, capítulos 2 y 9.

14 Sobre la errónea interpretación de Newton hecha por Hume, ver Hintikka, 1992, sección 9.

mera investigación de las *leyes*, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados”¹⁵.

El programa de Comte se continúa en la concepción de la ciencia predominante en los siglos XIX y XX. Por eso gran parte de la ciencia moderna no trata de explicar sino sólo de predecir. Esas visiones originan una versión instrumentalista o pragmática de la ciencia en científicos como Ernst Mach, Pierre Duhem y Henri Poincaré. En el caso de la economía esto es explícito en Milton Friedman¹⁶. Las teorías científicas son sólo herramientas para hacer predicciones empíricas. La corriente lógica o neo-positivista mantiene una posición ultra-empírica que se desentiende de cualquier conocimiento metafísico. Es el caso de los fundadores, como Moritz Schlick o Rudolf Carnap, pero también de filósofos de la ciencia más recientes como Carl Hempel, cuyo modelo respecto a la ley explica pero no necesariamente por causas¹⁷.

Sin embargo, basar todo conocimiento sólo en la experiencia, dejando de lado cualquier intuición intelectual, para otros parece un programa inverosímil. Como afirma Alfred North Whitehead “la doctrina moderna, popular entre los científicos, es que la ciencia es una mera descripción de las cosas observadas. Como tal, no

15 Augusto Comte, ([1844] 1980), p. 13.

16 Este es un enorme tópico que no trataré aquí. Un artículo clásico sobre este tema es Bruce Caldwell, 1980.

17 Para un excelente panorama del positivismo lógico, del empirismo lógico, del ataque a esta “visión recibida” y las respuestas, ver D. Wade Hands, 2001, capítulo 3. Hands señala “según el empirismo clásico y el primer positivismo lógico, las teorías científicas *no explican todo*; el campo científico es el campo de la observación empírica, y el objetivo de una teoría científica es describir esas observaciones científicas de manera fiable. La visión de la ciencia basada en el sentido común de que la ciencia debería “explicar” lo que observamos en el mundo por un mecanismo causal profundo, subyacente, no directamente observable, es una visión ajena al estricto empirismo; ‘en la ciencia no hay profundidades; sólo hay apariencia’ (Carnap, Hahn y Neurath)” (Hands, D.W., 2001, p. 85).

asume nada, ni un mundo objetivo, ni causación, ni inducción. (...) La conclusión es que la ciencia, definida de este modo, no precisa de la metafísica (...) y en ese sentido la ciencia pierde su importancia”¹⁸. La historia de la filosofía de la ciencia del siglo XX es la historia de la búsqueda de un fundamento de la ciencia. El propio Hempel reconoce los problemas del programa empírico neo-positivista¹⁹ y señala la necesidad de un conocimiento más profundo, es decir, de teorías²⁰. Como afirma Stephen Körner, el filósofo analítico que condena al metafísico a menudo se condena implícitamente a sí mismo²¹.

Es bien conocido cómo Kant asestó un golpe mortal a la metafísica. Para él, la intuición intelectual no penetra en la naturaleza de las cosas. Kant habla del *noumenon*, de “una cosa que debe ser pensada no como un objeto de sentido sino como una cosa en sí misma (exclusivamente a través del puro entendimiento)”. Para él, “la posibilidad de tales *noumena* es bastante incomprensible, y está más allá de la esfera de los fenómenos, todo es para nosotros un mero vacío”²². Como sostiene Whitehead, “Kant abrió una brecha entre la ciencia y la razón especulativa”²³ porque la ciencia trata sobre los fenómenos, no sobre los *noumena* incognoscibles. La razón no tiene entonces un papel intuitivo sino “constructivista”, constructivo del objeto de conocimiento a través de categorías *a priori*—una de las cuales es una causalidad determinista y universal²⁴— y de los juicios. Esto supone una base débil para la ciencia porque en último término descansa sobre la misma razón que la construye, no sobre la realidad. Así, Kant no proporciona el fundamento que

18 Alfred N. Whitehead, [1929] 1985, pp. 89-90.

19 Carl Hempel, 1950, pp. 61-62.

20 Hempel, 1966, p. 70.

21 Stephen Körner, 1984, p. 53.

22 Kant, 1787 (1961), segunda parte, libro 2, capítulo III, “El fundamento de la distinción de todos los objetos en general en fenómenos y noumenos”.

23 Whitehead, 1929, p. 60.

24 Kant, 1787 (1961), p. 317 y ss.

la ciencia estaba buscando. El agnosticismo corta todo posible camino a este fundamento, y por tanto, si queremos contar con una base, parecería que debemos renunciar al agnosticismo y volver a la intuición.

Aparte de la mención a Friedman, aquí presentaré brevemente tres ejemplos de las tensiones a las que está sometida la economía por causa de esta herencia que le impide confiar en la posibilidad de un conocimiento metafísico.

El primero se refiere a la misma definición de economía. Recientemente Roger Backhouse y Steve Medema han publicado un artículo en el *Journal of Economic Perspectives* con el título de “Retrospectives: On the Definition of Economics” (2009). El artículo comienza con esta afirmación: “los economistas está lejos de tener una visión unánime de la definición de su ciencia”²⁵. En efecto, el filósofo de la economía Uskali Mäki ha sostenido que la noción de economía política *-economics-* está constituida por diversos tipos de estudio: “no hay una ciencia económica homogénea”, sostiene²⁶. Entre las diversas versiones de la ciencia económica que se han propuesto a lo largo de su historia han predominado dos. Tal como ha señalado Ronald Coase, hay dos clases de definiciones de ciencia económica²⁷. Las primeras son las definiciones que enfatizan el estudio de ciertos tipos de actividades humanas. Para las segundas la ciencia económica es el estudio de una cierta perspectiva de todas las elecciones humanas. Israel Kirzner, siguiendo a Lindley M. Fraser (1938), les llama definiciones tipo A y tipo B: Las primeras designan un departamento particular de los asuntos humanos y las segundas un aspecto concreto de las acciones humanas²⁸. Phelps Brown las llama respectivamente definiciones “determinadas por el campo” y “determinadas por la disciplina”²⁹. Estas diferentes versiones de la ciencia económica corresponden

25 Backhouse y Medema 2009, p. 221.

26 Uskali Mäki, 2002, p. 8.

27 Ronald Coase, 1978, pp. 206-7.

28 Israel Kirzner, 1976, p. 17.

29 E. Phelps Brown, 1972, p. 7.

aproximadamente a la división de Karl Polanyi entre significado sustantivo y formal de la ciencia económica³⁰. Lionel Robbins les había llamado definición materialista y escasez, respectivamente³¹. Este no es un debate antiguo. Recientemente, Ioannides y Nielsen hablan de dos respuestas alternativas a la pregunta sobre qué es la ciencia económica: el primer tipo de respuesta define la ciencia económica como un método o enfoque específico y el segundo la ve como el estudio de la economía³². Siguiendo a Hausner and Jessop (2000), consideran tres variantes de definición de ciencia económica: como un objeto, como un sistema o como un campo. Lo interesante del punto es que la posible área de intersección de estas dos concepciones de la economía es muy estrecha: buena parte de ambas economías no sería estrictamente economía para la otra economía.

El segundo ejemplo del impacto sobre la economía de la muerte de la metafísica es su noción de causalidad. Nancy Cartwright sostiene incluso que, a pesar de la concepción de Hume acerca de la causalidad, la ciencia actual sigue explicando por causas aristotélicas (naturalezas o poderes en la terminología de Cartwright)³³.

De ser así, la ciencia iría más allá del concepto positivista de la explicación científica como un mero “salvar fenómenos”. Este concepto consiste en realizar descripciones unificadas de regularidades naturales entre eventos compatibles con las observaciones, sin tratar de profundizar en las entidades inobservables subyacentes.

En su libro *Hunting Causes and Using Them* (2007), Cartwright aplica su concepción aristotélica a la economía. Sin embargo, parece muy dudoso que los economistas estén interesados realmente en las causas. Por ejemplo, el economista James Heckman afirma: “Argumento que la causalidad per se no es un concepto interesante. Lo que interesa es saber si una relación de-

30 Karl Polanyi, 1968, pp. 139-140 y 1977, p. 19.

31 Lionel Robbins [1935] 1984.

32 Ioannides y Nielsen, 2007, pp. 7-12.

33 Nancy Cartwright, 1992, p. 47 y ss.

terminada empíricamente puede usarse para brindar pronósticos válidos de política como resultado³⁴. Larry Boland, en una reseña crítica al libro citado de Cartwright, sostiene que de hecho los economistas no se comportan como ella afirma y explica por qué no les preocupan las causas: “hoy día los economistas están más interesados en las propiedades matemáticas de sus modelos y en nada que puedan sospechar que sea metafísico”³⁵. Agrega que lo que en realidad les interesa es saber si una variable determina (no causa) a otra. Cuando se consulta a los economistas académicos titubean. Algunos opinan como Heckman, pero reconocen que pretenden que sus estudios tengan una validez real y que eso debe tener relación con causas reales. Pero no es problema de ellos.

Paso al tercer ejemplo. Recientemente Richard Holt, Barkley Rosser y David Colander anuncian una nueva era en Economía, con la característica principal de reconocerla como una ciencia compleja. Sostienen que este cambio no se instala como una revolución, sino que se presenta paulatinamente, con la aparición de trabajos de corrientes más heterodoxas; mutando de concepciones de “comportamiento racional”, “egoísmo” y “equilibrio” a nuevos conceptos, tales como “comportamiento deliberado”, “auto-interés en el progreso” y “sustentabilidad”, ampliando el campo de estudio de manera transdisciplinaria. “Las definiciones de complejidad son importantes porque nos brinda un camino para integrar las diferentes corrientes de la economía moderna dentro de un solo tema unificador -la complejidad. La aceptación por parte de los economistas de que deberán lidiar con el hecho que la economía es compleja, señala una nueva apertura a las ideas de otras disciplinas y que la complejidad económica será un campo interdisciplinario”³⁶.

Verdaderamente es de celebrar esta consideración más amplia de factores que inciden en lo económico. Sin embargo, este es otro ejemplo de la orfandad de razón teórica, pues los “teóricos” de la

34 James Heckman, 2003, p. 73.

35 Lawrence Boland, 2010, p. 534.

36 Richard Holt, Barkley Rosser y David Colander, 2010, p. 11.

complejidad han tenido muchas dificultades para definirla. Es un punto del que nos ha llamado la atención Eugenia Perona, por ejemplo en su artículo “The confused state of complexity in economics” (2007). En la introducción a las actas de unas Jornadas en el Santa Fe Institute (meca de la complexity economics), se puede leer: “¿qué es la perspectiva de complejidad en la economía? No es fácil responderlo (...) los autores de los de este volumen no comparten de ningún modo una visión única y coherente de la complejidad en economía”³⁷.

Darí­a la impresión de que no se cumple con un principio básico: ponernos de acuerdo acerca de la definición de los conceptos básicos que usamos. Lo peor es, como dice el filósofo argentino Roberto Brie, que los diversos significados que se atribuyen a las mismas palabras ni siquiera se explicitan dando lugar a equívocos o ambigüedades³⁸. Los economistas no saben de qué hablan y no les importa. Sólo interesa que la economía funcione, es decir, prediga. Pero aparte de que las posibilidades de predicción en lo humano son muy limitadas en cualquier caso, sin conocer las relaciones de causalidad involucradas será muy difícil predecir. Así le va a la economía. Pero esto es bien serio, porque la economía tiene mucho impacto en nuestras vidas y sobre todo en la de los numerosos habitantes pobres del planeta.

La razón práctica

La razón práctica se centra en la elección de fines de las acciones humanas y en el mejor modo de alcanzarlos en orden a la perfección del agente. Es la fuente de la moralidad y el modo de conocer el bien y el mal moral. Los seres humanos deciden qué hacer usando sus capacidades intelectuales. Hablando en sentido amplio, los medios “prácticos” se ordenan a la decisión y la acción. La razón práctica piensa qué debería hacer uno, por qué razones

37 Arthur, Durlauf and Lane, 1997, p. 2.

38 Roberto Brie, 1997, p. 27.

y cómo podría hacerlo: trata *sobre* la acción y *para* la acción. La razón práctica es la razón humana misma en la tarea de dirigir a las personas para que vivan según lo que son. Intenta responder a la pregunta ¿cómo debo vivir?³⁹ Y, consiguientemente, se pregunta, ¿cómo debería comportarme? o ¿qué debería hacer? La filosofía o ciencia práctica es una reflexión disciplinada y crítica sobre el razonamiento práctico, su proceso y sus fines. Esa investigación sobre cómo actuar surge de una experiencia práctica: la experiencia de buscar un fin cuando actuamos. El ser racional se pregunta naturalmente por qué debería buscar uno u otro fin y cuáles son los medios para obtenerlo.

Esta cuestión, así como su respuesta, está presente en toda acción, al menos tácitamente. La experiencia del fin de una acción –un fin que puede ser malo o bueno en sí mismo y/o para nosotros– es el punto inicial del razonamiento práctico. De esa manera, la razón práctica adopta una función normativa. La racionalidad normativa es la estructura específica de la acción humana.

El intelecto y la voluntad actúan mutuamente al entrelazarse en el complejo proceso del razonamiento práctico, un proceso que fue explicado por Aristóteles. Afirma en la *Ética Nicomaquea*:

El principio de la acción –aquello de donde parte el movimiento, no el fin que persigue– es la elección, y el de la elección el deseo y la elección orientada a un fin [la elección es causa eficiente y el fin causa final]. Por eso ni sin entendimiento y reflexión, ni sin disposición moral hay elección [no hay acto humano al margen de la moral]. La reflexión de por sí no pone nada en movimiento, sino la elección orientada a un fin y práctica [sin causa final no actúa la eficiente]; ésta, en efecto, gobierna incluso al entendimiento creador [poietikês: técnico], porque todo el que hace [poiéi: produce] una cosa, la hace con vistas a algo, y la cosa hecha no es fin absolutamente hablando (si bien es un fin relativo y de algo), sino la acción misma, porque es el hacer bien [eupraxía] las cosas lo que es fin, y

39 Pincoffs, Edmund L., 1986, p. 13 y ss.

eso es el objeto del deseo (1139a 30 a 1139b 4).

La siguiente descripción es simplificada. El fin o meta –la causa final– de la acción actúa como punto de inicio e informa al proceso entero. Esta meta es conocida por el intelecto y querida por la voluntad; ambas facultades son necesarias y deben actuar (influenciándose una a la otra) para proponerlo. La razón práctica opera a través de la virtud intelectual de la sabiduría práctica o prudencia. No hay que descartar, el influjo (“positivo” o “negativo”) de las pasiones, frecuentemente muy relevante.

Dados los fines, la inteligencia delibera lo concerniente a los mejores medios para obtener esas metas. La deliberación es una búsqueda de los medios y las virtudes ayudan a hacerlo fácil y correctamente. Para la persona que está acostumbrada a deliberar y ha desarrollado las correspondientes virtudes –especialmente la prudencia–, la deliberación es bastante automática. Una investigación humana acerca de los medios puede ser inacabable dada la incertidumbre de los asuntos humanos. Así, la voluntad interrumpe la deliberación, confirma lo acertado de los medios considerados por la inteligencia, prefiere un conjunto de medios, y elige una forma de actuar. Gracias a esa interacción de la inteligencia y la voluntad la persona puede finalmente elegir el buen fin, los medios apropiados para lograrlo y, consecuentemente, actuar. Este proceso revela que la razón práctica tiene que actuar a la vez con los fines y con los medios.

La ciencia práctica es una reflexión normativa acerca de los fines correctos de las acciones humanas. Una condición de posibilidad de esta reflexión es que podamos conocer lo que es bueno para el ser humano. Esto supone la oposición un agnosticismo ético. Aristóteles y los defensores de la ciencia práctica sostienen que es posible una investigación racional sobre el bien. La ciencia práctica fue el antecedente aristotélico de la ciencia social. Es una ciencia esencialmente moral, que se guía por la naturaleza del hombre.

Para el griego, el *Logos* (entendido como eidético, como pensamiento, no calculativo), la *physis* (naturaleza, realidad), la *praxis*

(obrar) y la *techne* (hacer, técnica) estaban perfectamente coordinados, entrelazados, por su orientación al *telos*. El *telos* es fin pero está al principio. Cuando el pensar se escinde de la naturaleza, se auto-impone otros *telos* (si es que se pueden seguir llamando así) y se pierde el orden: el *logos* se vuelve exclusivamente calculativo y reduce todo a cálculo, al que se somete a la *physis* (la naturaleza tanto física como humana). La *praxis*, la actividad del *logos* que podría haber orientado al *telos* de la *physis*, desaparece⁴⁰. De hombres pasamos a ser máquinas e imponemos un orden arbitrario a la naturaleza. Como bien señala Agazzi, “una actividad técnica que ignorara esta dimensión [la práctica] y que por tanto restringiese el horizonte propio al de la pura eficacia, olvidando el horizonte del *deber*, se transformaría automáticamente en una *actividad subhumana*”⁴¹.

Recapitemos un poco. Sin fines no hay acción. Los fines son del agente (y por tanto, intrínsecos), aunque el objeto del fin sea habitualmente externo (para la filosofía aristotélica está claro que el fin último no es uno mismo). Por eso, todo acto humano es ante todo práctico⁴². Una consideración de cualquier tipo de acción que se limite al modo de adecuar medios a fines es puramente analítica, no mueve a la acción. El comienzo de la acción se da una vez justificado y determinado el fin. Es entonces cuando se comienzan a poner medios para alcanzar ese fin.

Una postura agnóstica respecto a los fines conduce entonces a una reducción de la teoría de la acción a sus aspectos técnicos. Pero esta operación implica la anulación misma de la acción (lo que es por cierto imposible) pues no hay eficiencia sin fin. Es ana-

40 Cfr. Miguel Verstrate, 1993.

41 Evandro Agazzi, 1992, p. 36.

42 Copio lo que me escribe Patricia Saporiti al respecto: “Todo acto humano (...) responde al uso práctico de la razón y comprende, en mayor o menor medida, el uso técnico. Esto es así porque la dimensión técnica consiste en la correcta asignación de medios a fines y la práctica en el descubrimiento racional de esos fines y en la impregnación teleológica de todo el acto” (10-X-05).

líticamente posible como estudio teórico de una acción pasada o supuesta. Pero es sólo una parte, secundaria e instrumental, de una teoría de la acción que pretenda tener algún influjo real. Como hay que actuar, el hombre agnóstico que no puede razonar sobre el fin, simplemente lo determina con alguna otra potencia y reduce la razón a un rol mediático⁴³.

Esta reducción se ha operado con frecuencia en la filosofía moderna. Un hito bien conocido de la confusión de las dimensiones racionales de la acción humana y de su devaluación mediante la colonización de la dimensión práctica por parte de la técnica es el pensamiento de David Hume (1711-1770). Es célebre su afirmación de que la razón es esclava de las pasiones. La razón no puede concebir idea alguna, y la virtud y el vicio son objetos del sentimiento (*feeling*) no de la razón. La razón no puede producir nunca, dice Hume, acción alguna. Es decir, su escepticismo respecto a la razón es acorde con su agnosticismo. Es la pasión la que mueve a actuar. Por tanto: “La razón es y sólo debe ser la esclava de las pasiones, y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas”⁴⁴.

La pasión determina los fines y la actividad racional consiste en acomodar medios a esos fines dados, es decir, la razón es sólo racionalidad instrumental.

Hume no aparece de la nada. La tradición inglesa registra antecedentes claros en este sentido. Mencionaré a dos. Thomas Hobbes (1588-1679) considera que la voluntad sigue a las pasiones y éstas a la imaginación. La razón tiene un cometido discursivo cuasi-mecánico, hilar palabras (que es lo único universal que hay): “En resumen, en todo asunto en que haya lugar para la suma o la resta también lo hay para la razón; y donde no tienen lugar, la razón no tiene nada que hacer en absoluto”⁴⁵.

43 Alejandra Carrasco 1999, p. 169, señala cómo si se le pregunta por la causa final responde con la causa eficiente.

44 David Hume [1888] 1968, p. 415 (II, iii, 3).

45 Thomas Hobbes [1651] 1996, p. 28 (I, 5, 2).

La razón no es innata como los sentidos o la memoria, sino fruto de la experiencia y el trabajo. La ciencia es sólo conocimiento de las consecuencias (I, 5, 17 y I, 7, 3). El conocimiento de los hechos es propio de los sentidos y la memoria. En resumen, no hay más lugar para la razón que su uso discursivo.

Igual de claro es Francis Hutcheson (1694-1746), antecesor más cercano a Hume, a pesar de su oposición a él en algunos temas morales. Para Hutcheson, los fines de nuestros actos nacen de una serie de inclinaciones. La razón sólo interviene luego. Es la “sagacidad” para seguir un fin⁴⁶. Dice:

Todo aquello que es deseable en última instancia o bien es propuesto por algún sentido inmediato, o por algún instinto o impulso natural, anterior a todo razonamiento. Es tarea de la razón hallar los medios para obtener lo que deseamos (...) Esta facultad (el intelecto) juzga acerca de los medios o fines subordinados: pero acerca de los fines últimos no hay razonamiento, pues ninguna opinión o juicio puede mover a la acción, allí donde no hay un deseo anterior de algún fin⁴⁷.

En Adam Smith, finalmente, la razón interviene también en la inducción de las reglas morales pero el contenido del bien o el mal se conocen por un sentimiento moral. Dice Smith:

La razón sólo puede mostrar que este objeto es el medio para obtener algo que es naturalmente placentero o desagradable”, pero “si la virtud, pues, es deseable por sí misma, y si, del mismo modo, el vicio es objeto de aversión, no puede ser la razón la que originalmente distinga esas diferentes cualidades, sino el sentido inmediato y el sentimiento⁴⁸.

46 De *Inquiry*, II, III, XV, citado por Margarita Mauri 2005, p. 28.

47 De *A Short Introduction to Moral Philosophy* (1747) y *The System of Moral Philosophy* (1755), citados por Ana Marta González 1999, pp. 20-1.

48 De *The Theory of Moral Sentiments*, VII, III, II, 7 y 8.

El pensamiento científico contemporáneo está impregnado del pensamiento de estos grandes filósofos. Más concretamente, las ciencias sociales contemporáneas han heredado como esquema básico su visión estructural de la racionalidad práctica y la acción humana, un esquema medios-fines instrumental. Como dice muy bien el sociólogo francés Raymond Boudon:

De modo general, la ecuación que asimila racionalidad con racionalidad instrumental es tan influyente que la inmensa literatura sobre la racionalidad producida por las ciencias sociales trata casi exclusivamente de la racionalidad *instrumental*. Dicho de otro modo, las ciencias sociales tienden a admitir que la noción de racionalidad se aplica esencialmente a la adecuación entre medios y fines, acciones y objetivos o entre acciones y preferencias. A todo lo más que se contentan es a reconocer que la racionalidad puede tomar también la forma de exigencia de coherencia o transitividad de los objetivos o de las preferencias. Pero se niegan a aplicar la categoría de racionalidad a los contenidos de las preferencias y objetivos⁴⁹.

La finalidad queda reducida a la intención del agente. Así la causa final queda reducida a causa eficiente. Como leímos en Aristóteles la elección es causa eficiente. Cuando el sujeto es dueño y señor de sus fines no admite otra causa final que la que él mismo pone sin advertir que ésta es en realidad causa eficiente. Se queda entonces sin fines, y sin ellos, sin verdadera acción libre. La acción pasa a ser una irracionalidad internamente coherente: irracionalidad, porque no hay razón teórica ni práctica que conozcan los fines, entonces actúa orientada arbitrariamente por fines no racionales; coherente, porque aplica la racionalidad técnica a la obtención de esos fines irracionales. A toda la racionalidad no le queda más remedio que reducirse a la instrumentalidad. Los medios toman el lugar de los fines. Así se cae en una especie de activismo exacerbado, pues es una acción sin fines.

49 Boudon 2004, p. 57.

De hecho, esto puede ser así sólo analíticamente pues el *factum* de la acción nos habla de que hay fines. La gente razona –bastante– acerca de éstos. Pero, después del paso de autores como los anteriores, ya no lo hace como quien los descubre, siguiendo a la naturaleza, sino como quien los pone. Últimamente se suele caracterizar a la visión aristotélica de la relación entre razón práctica y fines como “reconocedora” (*recognitional*) y a la humeana y kantiana como “constructivista”⁵⁰. Los dos términos son bien elocuentes. Estamos frente a un *re-conocer*, actividad inmanente, en el primer caso, y frente a un *construir*, transitiva o técnica, en el segundo. Es un *logos* subjetivo que no mira al *telos* –que ya no existe– sino al objeto que pone, analiza, controla. Se rompe la antigua unidad⁵¹.

Si todo el papel de la racionalidad es instrumental, resulta lógico que cuando Max Weber propone cuatro formas de racionalidad, una sola de las cuales es la instrumental –racionalidad de acuerdo a fines–, Ludwig von Mises reaccione afirmando que es un error, y que las otras tres formas de racionalidad –de acuerdo a valores, afectiva y tradicional– son reducibles a la instrumental⁵². Como dice Milan Zafirovski,

una forma particular de racionalidad, *videlicet* instrumental, utilitaria, egotista o hedonista es fundida con el comportamiento racional como un todo”. “El procedimiento de disolución comete la que puede denominarse falacia de abstracción o generalidad inapropiada, porque iguala ilegítimamente la particularidad de un componente, la racionalidad instrumental, con la universalidad del todo, el comportamiento racional⁵³.

La tradición moderna impacta en la economía que se limita a considerar el aspecto técnico de la acción económica o a reducir otros aspectos al técnico. La razón sólo se aplica a los medios. So-

50 Cfr., e.g., Garret Cullity y Berys Gaut, 1997, Introduction.

51 Cfr. Miguel Verstraete 1993, *passim*.

52 Ludwig von Mises [1933] 1960, p. 82.

53 2003, pp. 4 y 5.

bre los valores lo único que los hombres pueden hacer, al decir de Friedman, es pelar⁵⁴.

Toda racionalidad humana queda reducida a racionalidad instrumental y más concretamente a racionalidad instrumental maximizadora. La economía considera además que éste es el esquema apropiado no sólo para lo económico, sino para toda acción humana. El programa de investigación de Gary Becker en la Universidad de Chicago da origen a las nociones de capital humano y social, la economía de la familia, del derecho, del delito, de la política, de la educación, de la religión. Todo pasa a ser juzgado con el criterio maximizador e impacta en la vida ordinaria de las personas. El juicio economicista va transformando nuestra conducta y todos nos hacemos maximizadores economicistas. Se cumple más que nunca la predicción de Keynes: el hombre práctico es esclavo de un economista difunto, como Becker. Quien a su vez es esclavo de varios filósofos difuntos como Kant, Hume y, aunque sin buscarlo, el mismo Marx. Hoy, esa era la tesis de este trabajo, las ideas mueven al mundo a través de las ciencias sociales, especialmente de la economía, que se ha transformado en la lógica de la acción humana corriente.

Aristóteles ya había previsto este reduccionismo al hablar de una forma ilimitada, antinatural o corrupta de la crematística, el arte de adquirir lo necesario para la vida buena:

Así ha surgido la segunda forma de crematística porque al perseguir el placer excesivo procuran también lo que pueda proporcionar ese placer y si no pueden procurárselo por medio de la crematística, es decir por medio del dinero, lo intentan por otro medio usando todas sus facultades de un modo antinatural; lo propio de la valentía no es producir dinero sino confianza ni tampoco es lo propio de la estrategia ni de la medicina cuyos fines respectivos son la victoria y la salud. No obstante algunos convierten en crematística todas las facultades como si el

54 1953, p. 5.

producir dinero fuera el fin de todas ellas y todo tuviera que encaminarse a ese fin⁵⁵²⁹

La tarea pendiente, para las ciencias sociales, también para la economía, es, como reza el título del trabajo citado de Agazzi, reconducir la racionalidad técnica a su horizonte propio, el de la razón práctica. En este horizonte, la cuestión medios-fines es secundaria. Como bien ve Hannah Arendt, el *homo economicus* es más “actuante” que productor y el intercambio pertenece más al campo de la acción que al instrumental⁵⁶.

El tema tiene su gravedad. Son muy pocos los que intuyen que hay algo extraño detrás de la *matrix* de la acción humana que impregna la ciencia social actual: su reducción a instrumentalidad. Y los que lo intuyen no llegan a ver el camino. Cuando piensan que la solución está en una cierta integración interdisciplinaria la conciben como mera agregación, muchas veces subsumida en la lógica instrumental. Como dice Llano:

Si la elaboración de una *teoría general de la acción* constituye hoy una tarea ineludible –especialmente en el terreno de la tecnociencia, de la política, de la economía y de las profesiones liberales– la respuesta a este desafío no debe basarse en la inacabable y problemática faena de acopiar materiales de las diferentes ciencias humanas y tratar de yuxtaponerlos pragmáticamente (...) De lo que se trata es de ordenar ese abigarrado panorama de la acción desde la perspectiva radical de lo que es en sí mismo bueno o malo –mejor o peor– para la persona humana, de acuerdo con su naturaleza libre. Tal es, a mi juicio, el modo de avanzar ahora mismo *hacia una teoría general de la acción* que merezca tal nombre⁵⁷.

La verdadera interdisciplinaria es la obtenida a la luz de una mirada filosófica integradora. La necesaria integración de ra-

55 ²⁹ *Política* I, 9, 1258a 6-14.

56 Cfr. 1993, pp. 209 y 232.

57 Alejandro Llano, 2001, pp. 77-8.

cionalidades –instrumental y práctica– debe hacerse bajo la guía de la filosofía. Como decía Sergei Bulgakov a principios del siglo pasado, “la ciencia social tiene una innegable necesidad de establecer una unión fructífera con la filosofía, para que esta última le ayude a salir del estado de creciente descomposición en que se encuentra.”⁵⁸ Por eso, más que nunca, necesitamos recuperar una filosofía sapiencial, que haga lugar a la metafísica y a la ética.

Referencias:

- Agazzi, Evandro, 1992. “Per una riconduzione della razionalità tecnologica entro l’ambito della razionalità pratica”, en Galvan, Sergio (a cura di), *Forme di Razionalità Pratica*, Franco Angeli, Milán, pp. 17-39.
- Anscombe, G. Elizabeth M., 1971. “Causality and Determination”, en Sosa, Ernest y Tooley, Michael (eds.), *Causation*, Oxford University Press, Oxford, pp. 88-104.
- Arendt, Hannah, 1993, *La condición humana*,. Paidós, Barcelona.
- Aristóteles, *Política*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951.
- Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959.
- Aristóteles, *Metafísica*, Gredos, Madrid, 1970.
- Aristóteles, *Analíticos Posteriores*, Gredos, Madrid, 1988.
- Arthur, B., Durlauf, S and Lane, D., 1997. *The Economy as an Evolving Complex System II*, Perseus Book, Reading.
- Backhouse, Roger E. y Steven G. Medema, 2009. “Retrospectives: On the Definition of Economics”, *Journal of Economic Perspectives* 23/1: pp. 221-233.
- Boland, Lawrence, 2010. “Cartwright on ‘Economics’,” *Philosophy of the Social Sciences*, 40/3, pp. 530-538.
- Boudon, Raymond, 2004. “Théorie du choix rationnel, théorie de

58 Serge Boulgakov [1912] 1987, p. 8.

- la rationalité limitée ou individualisme méthodologique: que choisir?, *Journal des Economistes et des Etudes Humaines*, vol. 14, nº1, pp. 45-62.
- Boulgakov, Serge, 1912 (1987). *Philosophie de l'économie, L'Age d'Homme*, Lausanne.
- Brie, Roberto, 1997. *Los hábitos del pensamiento riguroso*, Ediciones del Viejo Aljibe, Buenos Aires.
- Caldwell, Bruce J., 1980. "A Critique of Friedman's Methodological Instrumentalism", *Southern Economic Journal*, vol. 47, nº 2, pp. 366-374.
- Carrasco, María Alejandra, 1999., *Consecuencialismo. Por qué no*. EUNSA, Pamplona.
- Cartwright, Nancy, 2007. *Hunting Causes and Using Them. Approaches in Philosophy and Economics*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Cartwright, Nancy, 1989. *Nature's Capacities and their Measurement*, Oxford University Press.
- Cartwright, Nancy, 1992. "Aristotelian Natures and the Modern Experimental Method", in John Earman (ed.), *Inference, Explanation, and Other Frustrations*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles-Oxford, pp. 44-71.
- Cartwright, Nancy, 2007. *Hunting Causes and Using Them. Approaches in Philosophy and Economics*, Cambridge University Press.
- Coase, Ronald, 1978. "Economics and Contiguous Disciplines", *The Journal of Legal Studies*, 7/2, pp. 201-211.
- Comte, Augusto, [1844] 1980. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Versión y prólogo de Julián Marías. Madrid, Alianza Ed., Madrid.
- Cullity, Garrett y Gaut, Berys (eds.), 1997., *Ethics and Practical Reason*, Clarendon Press, Oxford, pp. 1-27.
- Falcon, Andrea, 2008. "Aristotle on Causality", *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, en <http://plato.stanford.edu/entries/aristotle-causality> (consultado el 29 de julio de 2008).
- Fraser, Lindley M., 1937. *Economic Thought and Language*, A & C

- Black Ltd., Londres.
- Friedman, Milton, 1953. "The Methodology of Positive Economics", *Essays in Positive Economics*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- Gilson, Etienne y Langan, Thomas, 1963. *Modern Philosophy. Descartes to Kant*, Random House, Nueva York.
- González, Ana Marta, 1999., *El faktum de la razón*, Cuadernos de Anuario Filosófico nº 75, Universidad de Navarra, Pamplona.
- Hands, D. Wade, 2001. *Reflection without Rules. Economic Methodology and Contemporary Science Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York, Melbourne.
- Hausner, Jerzy y Bob Hausner, 2000. "Is the Economy an Object, a System, or a Field?", paper presented at the EAEPE Conference, Berlin, November 2-5.
- Heckman, James, 2003. "Conditioning, Causality and Policy Analysis: Commentary", *Journal of Econometrics*, 112/1, pp. 73-78.
- Heisenberg, Werner, 1962. *La nature dans la physique contemporaine*, Gallimard, París.
- Hempel, Carl, 1950. "Problems and Changes in the Empiricist Criterion of Meaning", *Revue Internationale de Philosophie*, vol. 11, pp. 41-63.
- Hempel, Carl, 1966. *Philosophy of Natural Science*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- Hintikka, Jaakko, 1992. "The Concept of Induction in the Light of the Interrogative Approach to Inquiry", en Earman, John (ed.), *Inference, Explanation, and Other Frustrations. Essays in the Philosophy of Science*, University of California Press, Berkeley, pp. 23-43.
- Hobbes, Thomas, 1651 (1996). *Leviathan*, Oxford University Press, Oxford-Nueva York.
- Holt R., Rosser B. & Colander D. 2010. "The Complexity Era in Economics", Middlebury College Economics, Discussion Paper No. 10-01.

- Hulswit, Menno, 2004. "Causality and Causation: The Inadequacy of the Received View", S.E.E.D. *Journal* (Semiotics, Evolution, Energy, and Development), vol. 4, n° 2, en <http://www.library.utoronto.ca/see/SEED/Vol4-2/hulswit.pdf> (consultado el 24 de julio de 2008).
- Hume, David, 1888 (1968). *A Treatise of Human Nature*, Oxford University Press, Oxford.
- Ioannides y Nielsen 2007. *Economics and the Social Sciences*, Elgar, Cheltenham y Northampton.
- Irwin, Terence, 1990. *Aristotle's First Principles*, Clarendon Press, Oxford.
- Kahn, Charles H., 1995. "Aristotle on Thinking", en Nussbaum, Martha (ed.), *Essays on Aristotle's De Anima*, Oxford University Press, Oxford, pp. 359-380.
- Kant, Immanuel 1787 (1961). *Crítica de la razón pura*, Losada, Buenos Aires.
- Kirzner, Israel M. 1976. *The Economic Point of View*, Sheed and Ward, Kansas.
- Körner, Stephan, 1984. *Cuestiones fundamentales de filosofía*, Ariel, Barcelona.
- Llano, Alejandro, 2001. *Sueño y vigilia de la razón*, Eunsa, Pamplona.
- Mäki, Uskali, 2002. "The Dismal Queen of the Social Sciences". *Fact and Fiction in Economic. Models, Realism and Social Construction*, Cambridge, Cambridge University, Press, pp. 3-32.
- Mauri, Margarita, 2005. *El conocimiento moral*, Rialp, Madrid.
- Mises, Ludwig von, 1933 (1960). *Epistemological Problems of Economics*, D. van Nostrand, Princeton.
- Perona, Eugenia, 2007. "The confused state of complexity in economics", en Massimo Salzano and David Colander (eds.), *Complexity Hints for Economic Policy, New Economic Windows, Part I*, Springer Verlag, Milan, Berlin, Heidelberg, New York, pp. 33-53.
- Phelps Brown, E. H., 1972. "The Underdevelopment of Economics", *The Economic Journal*, 82/325, pp. 1-12.

- Pincoffs, Edmund L., 1986. *Quandaries and Virtues*, University Press of Kansas, Kansas.
- Polanyi, Karl, 1968. Primitive, Archaic, and Modern Economies. Essays of Karl Polanyi edited by George Dalton, Beacon Press, Boston.
- Robbins, Lionel, 1935 (1954). *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Salmon, Wesley, 1998. *Causality and Explanation*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford.
- Smith, Adam, 1759 (1884). *The Theory of Moral Sentiments*, Raphael, David Daiches y Macfie, Alexander Lion (eds.), Liberty Fund, Indianapolis.
- Sorabji, Richard, 1980. *Necessity, Cause and Blame. Perspectives on Aristotle's Theory*, Duckworth, Londres.
- Verstraete, Miguel, 1993. "Tragedia ecológica: desnaturalización y encubrimiento", en Carlos Massini (comp.), *Ecología y filosofía*, Edium, Mendoza, pp. 173-190.
- Weber, Max, 1922 (1998). *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Whitehead, Alfred North, 1929. *The Function of Reason*, Beacon Press, Boston.
- Zafirovski, Milan (2003), "Human Rational Behavior and Economic Rationality", *Electronic Journal of Sociology*, http://www.sociology.org/content/vol7.2/02_zafirovski.html